

negra de los políticos: la ambición. Si nunca se cumplen estos ofrecimientos, á nadie sorprenderá, porque al cabo están consignados en un *papel* que se lleva el viento no sé á dónde.

LA única carta que merece ser respetada—, la grande y elocuente en sus ideas y estilo, es la de la madre:—sencilla, ardiente, suavisima, debe guardarla un hijo amante sobre el corazón, porque no la dictan el engaño ni la moda.



Día de difuntos de 1904

(Al saber el combate de Torre Causano)

ERA la hora del crepúsculo, y apenas se escuchaban los últimos gritos de la algazara que el hombre va á formar todos los años á la mansión de los muertos. ¿Y qué había ido yo á hacer allá? Lo diré: á visitar á mi hijo y á mi madre de cuyas pérdidas no me he repuesto todavía; á dejarles dos coronas de flores naturales tejidas por mi esposa, y á llorar sobre sus tumbas mis cuotidianas desgracias. ¿No soy libre para

proceder á mi gusto? ¿A quién le está vedado dirigir sus pasos al Cementerio? ¿Es censurable orar? ¿No lo hacía en ocasiones el mismo Voltaire? Puede decir el mundo lo que le parezca: me fuí á conversar con esas sombras queridas, huyendo de la ingratitud y del mal. ¿Qué hay de extraño, qué hay de nuevo?

¿Y qué! decía yo en aquella triste morada: ¿será posible que aquí, donde debía reinar la igualdad, la presunción se deleite en guardar, dentro de sepulcros magníficos, á esqueletos hediondos y asquerosos? ¿Por qué el mundo engalana hasta el polvo de la muerte? El cariño verdadero sólo consagra á sus deudos una lápida modesta y una cruz
 . . Aquí yace el honorable señor don ¿Será verdad? Pero ¿qué miro? Tú, también, bella María, arrebatada á la sociedad, á los quince años, cuando eras su encan-

to, su más dulce esperanza? ¿Y tú, infeliz Rafael, á quien el pueblo pagó con desprecio tantas desinteresadas fatigas por su bienestar? . . . Mas ¿de qué sirven todos estos títulos y honores á quien ya no es más que un *no sé qué, que no tiene nombre en ninguna lengua?* Adulación, adulación, me indigna verte por todas partes! Allí hay una fosa sucia, abandonada, un hombre del pueblo se arrodilla y deja sobre ella una pobre corona de siemprevivas: sin duda es de su padre; buen hijo, Dios te premie! Me acerco y leo en la tarjeta de la corona, porque el nicho no tenía lápida ni inscripción: *A don Juan Montalvo.* ¡Cielos! en qué criminal olvido están nuestros genios . . .!

VOLVÍA yo, melancólico y hasta huraño, y más que todo ello, preocupado de mil pensamientos,—volvía, digo, de la ciudad de los muertos; cuando el lamentable clamor de las

campanas me advirtió que llamaba á juicio á la bacanal cristiana que libaba sobre las tumbas, para que dejara en paz á los difuntos.

EN esta fiesta profana, sólo dos hacen buena cosecha: el tabernero, que agota sus depósitos de licores, y la Ley, que recibe nuevos delincuentes. No quise subir al carro de regreso, porque advertí que en él hacían bulla infernal unos jóvenes con unas damiselas. A pié, por la gran calzada iba yo, como he dicho, triste y cabizbajo; á cada instante tornaba á mirar la hermosa ciudad de mármol que dejaba atrás Los muertos, qué felices son! Dormidos sobre la blanca almohada de la paz; severos, rígidos, disfrutan de libertad inalterable; la ola tumultuosa de las pasiones no les salpica el rostro; no pagan contribución á un gobierno hambriento y desleal; no sufren prisiones

injustas; no tienen compromisos políticos con nadie; y no cumplen ninguna de las descabelladas leyes de los Congresos; sólo acatan la ineludible ley de la naturaleza, que los destina á una vida fecunda y misteriosa: la de las transformaciones.

COMO la noche se echaba encima á la manera de una inmensa fantasma negra, apresuré el paso, y una vez en la Avenida Nueve de Octubre, el reloj de la Iglesia de San Francisco dió las *siete*. Entonces juzgué del caso tomar el tranvía que regresaba del Salado, para llegar más á prisa á mi hogar, en donde mi familia estaría sin duda muy preocupada por mi demora. Pero ya en la plaza de Rocafuerte cambié de determinación y me senté en uno de sus toscos bancos. Aquí fué del pensar en tales cosas, que creí, un momento, iba á ser víctima de lo que llamamos *un ataque al*

cerebro. ¿En qué pensaba? En qué ha de pensarse ahora, en la Patria crucificada por culpa de sus hijos perversos! ¿No es propio en un día como éste, de luto y recuerdos, dejar ir la memoria por los lugares que á ella le sean más gratos? Ha visto la pobrecilla tanto, tanto infortunio, que si quisiera alegrarse, le pasaría lo que á la princesa del cuento infantil: sus gozos la harían llorar.

¿LA Patria ha muerto? Qué ha de ser verdad! si tiene á sus órdenes dos millones de hombres listos á dejarse matar por ella. ¿Quién se atreve á ofender á esa noble señora? ¿Por qué no hayan Calderones, Rocafuertes, Montalvos, se la puede insultar con impune brutalidad? Nó! nó! Parece mentira lo que dice la prensa independiente, de los abusos que se cometen en las apartadas regiones orientales; pero si así fuere, si es un hecho tanta des-

ventura, qué hacemos con vida que no nos la quitamos á semejanza de esos generosos romanos de los tiempos antiguos, que temían más á la deshonra que á la muerte? Es que una falsa prudencia se ha apoderado de los corazones, porque al que en un raptó de santa cólera lanza su protesta viril y desenfadada, le sindicán de revolucionario, ó lo que es más triste, de mal patriota ¿Quién permite esta última afrenta? ¡Y esos bravos soldados de Torres Causano? No reposan sus despojos en la tierra natal; no tuvieron sus afligidos deudos el consuelo de verlos en la hora postrera; no podemos los *revolucionarios, los malos ciudadanos*, ir á visitarlos el 2 de Noviembre en sus huesas! En Quito ha resonado en su honor la voz de la Elocuencia; la Poesía también vertió á manos llenas sus más preciadas flores; hasta la Etiqueta oficial aparentó sentir honda pena en ese

día de alto desagravio, de homenajes póstumos á los heroicos sacrificados de la dignidad nacional; pero aquí, en donde anda de incógnito el enemigo, como entre los hijos de Troya el fementido Sinón, ni una palabra ni un murmullo lastimero; no parece sino que Guayaquil es la Paciencia de Shakespeare, insensible y sonriente á la vista de los grandes dolores ¿Una tumba en su patria es mucho para esos hermanos ?

Ya pasó la conmemoración de los difuntos: ahora nadie, casi nadie se acuerda de *los que en el mundo han sido*; los llantos se extinguieron; las campanas no repiten con sus lenguas de bronce las plegarias de la Iglesia; las coronas fúnebres se han marchitado con los rayos de sol del nuevo día: el hombre no puede resistir mucho tiempo el sufrimiento y con poco se consuela. ¡Cuánta razón tuvo Becquer al decir des-

pués de una visita al Campo Santo:

¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!

Guayaquil.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

EN UN LIBRO DE AUTOGRAFOS



I

¡A la juventud!

ERES cual la aurora que aparece en Oriente inmaculada.

No *hay sombras para tí*: la luz del porvenir brilla en tus pupilas hermosas.

No *hay dudas para tí*: con entusiasmo de Ajax te lanzas á la conquista del Bien, despreciando *valles al abismo, montes al cielo*: eres la Fuerza.

No hay manchas en tu piel: el vicio no ha envenenado tu sangre pura y ardiente. Honradas quedan las aras en que la derramas!

No te encorvas ante los dioses de la tierra; los miras con sonrisa desdeñosa y pasas cantando tu himno dulce y alegre ¿A dónde vas?— A la Meta á clavar la Bandera Roja. Brillante legión, te saludo y te amo! Mereces que te cubran de besos las Gracias y que te coronen los Ancianos más ilustres de mi Patria

JUVENTUD, eres la vengadora de los ultrajes de la tiranía á la libertad; y como el Mesías debes lanzar del Templo de los Derechos del Pueblo á sus conculcadores: tu látigo á cada chasquido esparcirá fúlgidas estrellas

II

Carnaval. . .

EL hombre sufre casi todo el año; pocos son los momentos de gozo en que le dejan libre de las penas, y sólo entre las ruidosas carcajadas del Carnaval, según opinión de los alegres del mundo, es feliz algunas horas.

EL Carnaval! qué tontería. El buen humor del siglo lo tolera, pero la civilización, amplia y profunda de hoy, aboga sin descanso por echar de sus dominios á este simpático bárbaro. El corazón suspira por esos tres días de jolgorio, para decirles, al remate de ellos, lo que Fausto al Tiempo: "No te marches, que eres tan hermoso." ¿Para qué lo detienes, hombre insensato? ¿A qué esa sed beoda de emociones fuertes? Un filósofo moderno cree que las amarguras

cuotidianas evitan la muerte á quien solamente paladeara delicias. Esta doctrina nos enseña que el dolor es un poderoso contrarresto en la existencia, y no como predicán ciertos escritores tormentarios, la razón del suicidio. Rechazo en nombre de la vida y de sus pocos inolvidables encantos, el nihilismo moral de los discípulos de Byron y Leopardi!

¡QUÉ placentero es hablar con un *máscara!* Su voz nos conmueve agradablemente, sus piruetas nos hacen reír. Que locuacidad la suya, qué conocimiento de las cosas que más se conservan en el secreto: es un mago jovial cuyas adivinaciones no cuestan un centavo á nadie. Pero *quitar una careta*, cuán riesgoso es para los llamados espíritus fuertes. . . . !



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PERLA NEGRA

Á TERESA.

EN su pobre aldea natal la llamaba la *Perla Negra*.

¿POR qué esas sencillas gentes le habían dado tan raro nombre? Vamos ya á saberlo.

SU padre era un bohemio de aspecto sombrío y volandero, y su madre, una andaluza toda gracia, todo osadía. De este enlace ¿qué podía resultar? Un pollo de sensualidad Así era Rosario, linda, esbelta, bien hecha

de senos, zalamera como una gata, alegre como unas castañas, y con lavas de volcán en erupción dentro del pecho.

SU padre, domador de osos negros que bailaban al son de aguda pandereta, pereció en las fauces de estas terribles fieras; la tarde de invierno en que *Hércules* lo devoró, fué de las más trágicas para la mísera aldehuela, de cuyo nombre *no quiero acordarme* y en donde vió la luz Rosario.

LA madre de la *Perla Negra* vendió los osos y monos con que ganaba la vida su marido y se hizo mendiga. Era de verla seguida de su joven hija, como de un fiel perrillo, llamar á todas las puertas pidiendo una limosna que las más de las veces se le negaba por aquellos que, con el desdén de la indolencia en los labios, sólo tenían palabras de audaz codicia para la peregrina y sugestiva hermosura de Rosario.

UNA noche de esas brillantes y poéticas, que no hay más que en el trópico, cuando madre é hija cansadas de pedir en vano se rendían al doble peso del sueño y del hambre, quiso la casualidad que encontrasen en mitad de la calle, donde estaban acurrucadas y temblorosas, un apuesto jovenzuelo que se doliera de su desgracia y les echara sobre las raidas faltriqueras una moneda de oro ¿Ese desconocido era el ángel custodio de los pobres?

ALFREDO, hijo primogénito de los poderosos señores de N., salía una noche de casa de sus padres y tropezó con la pareja de mendigas de que hemos hablado. Era de noble corazón, gallardo y pundonoroso. El cuadro de tan negro infortunio le cubrió de duelo el alma, y se propuso, sólo por espíritu de caballerosidad, descubrir bajo los harapos que tanto le habían hecho padecer, cuál fue-

se el origen de la llaga de miseria que ellos ocultaban. Cuando el amor toma la sublime forma de la caridad es capaz de todos los heroismos!

ROSARIO contó al señorito el desgarrador poema de su vida nómada, y las lágrimas brotaron á los ojos del hijo de la fortuna que ahora simpatizaba con la hermosa hija del pueblo . . . Esa dolorosa narración tuvo eco en el pecho de Alfredo, que desde entonces amó á Rosario como á una hermana infeliz que demandara el apoyo de su brazo y el pan de su mesa.

UN día amaneció muerta la madre de Rosario, y según el médico que la asistió, había sucumbido de un síncope agudo, proveniente del sufrimiento moral de la infeliz. Alfredo corrió con los gastos de los funerales, dando así una prueba evidente de su generoso corazón y del vivo y sincero amor que sentía por la huérfana.

A la sombra de este fraternal cariño pasaron venturosos los primeros años de la briosa pubertad de Rosario, que cada día era más bella y elegante, más intrépida y fuerte, sin que por esto su naturaleza apareciera dura é ingrata, pues la gracia le prestaba flexibilidad, y el pudor coloreaba sus mejillas de virgen circasiana. Era la encarnación de una de las más gentiles creaciones de Goethe, de la tierna y frágil Otilia, de quien dice Pablo de Saint-Victor, que sin duda tenía «embotada la conciencia y sólo despierto el instinto».

ALFREDO protegía á su hermana y al mismo tiempo la amaba con orgullo. Cuando ella fuera más discreta la haría su esposa, pero esa hora de luz parecía alejarse para el bondadoso muchacho que se había propuesto engastar en su corona de varón fuerte una perla negra. Rosario era obediente, pero nació para doble-

garse, para vivir subordinada y ser absorbida: *enredadera humana de ligero perfume de esclavitud*, no podía existir sino enlazada. Lo que en otra sería escandaloso, en Rosario era nativa debilidad y ternura.

LLEGÓ el abril con sus rosas y ardores, y Alfredo, ebrio de dicha, no sabía á donde poner la imagen de Rosario; sobre el altar de los perfumes no habría estado bien para ese loco del amor; la quería colocar en un sitio más noble y amplio, en el cielo, pero sola; mas, como esto no le era posible, á dónde estaría mejor que en el campo; entre las flores, que como hechiceros incensarios le brindarían sus más blandos aromas, y bajo la lluvia de oro que cae de las estrellas en las noches del estío? . . . ¡Irán al campo cuando la pradera cálida y lujosa evapore su aliento fecundo y embriagador . . . allí el entusiasta Alfredo levantará un

trono de verdura para su ídolo; nadie sorprenderá sus éxtasis, sus debilidades de creyente ciego, sus triunfos de enamorado . . . ! ¡Qué bello es amarse en el abril!

Por esos tiempos asolaba la campiña de la aldea una banda de malhechores capitaneados por el temible Quiterio.

ERA este mozo robusto y bravo como un león.

No le hacían soltar una presa ni lágrimas ni tiros. Todo lo que cogía lo destrozaba sin piedad, y cuando el botín era una mujer hermosa, su fiereza no reconocía diques

ALFREDO era diestro cazador é invitó á su dama á salir con él á una de esas excursiones venatorias. Rosario, llena de pasión y júbilo, se prestó á los deseos de Alfredo, y ambos jóvenes se dirigieron, risueños y confiados, á la pradera solitaria que sería, según sus esperanzas, magnífico tea-

tro de un amor que sólo pedía á la próspera naturaleza libertad y esplendores

LA caza fué abundante. La carabina inglesa de dos cañones de Alfredo hizo prodigios: Rosario estaba admirada de la excelente puntería de su compañero: pero Alfredo quiso descansar en el dulce regazo de ella antes de volver á la aldea A la sombra de un florido limonero departían íntimamente los enamorados: eran dichosos y no veían el ave siniestra de la desgracia que revolotea sobre sus cabezas embriagadas Alfredo se quedó dormido: Rosario se levantó y fuése á beber á una fuente cercana, roja de vergüenza, pero henchida de alegría ¡Linda ninfa, huye con presteza que los rudos brazos del sátiro de esta campiña te persiguen

VELOZ como el halcón que se lanza sobre cándida paloma, se precipitó Quiterio, desde la

espesura del bosque inmediato, sobre la hermosa Rosario que, en cuclillas á la margen de la fuente, aplacaba la sed haciendo copa de su mano. El bandido, con la suave carga de la joven en los brazos, parecía el centauro Neso robando á Dejanira. Mientras tanto Alfredo dormía.

QUITERIO corría hacia el bosque, del cual lo separaban unos doscientos pasos. Una vez en su gruta, Rosario no opondría sino una débil resistencia y se habría consumado el horrendo crimen. ¿Y Dios dónde estaba?

A PESAR de las brutales amenazas de su raptor, la infeliz Rosario llamaba á su amante con grito salido del alma, y quiso la suerte que uno de esos arrullos de torcaz irritada, llegase hasta Alfredo que despertaba en aquel momento.

EL joven cazador había oído pronunciar su nombre, y ese grito de socorro era de Rosario.

Miró hacia todos lados, pero no vió á nadie. El bandido había entrado ya al bosque y quizá era tarde para arrebatárle su víctima.

CON el seguro instinto del corazón que ama, echó á correr Alfredo hacia la espesa cortina de selva que ocultaba á Rosario. Allí estaba tendida sobre la yerba, inermes, desesperada y llorosa, en presencia del sacrificador implacable; allí la encontró coronada de los festones trágicos del martirio en el momento de caer al golpe de infame inmolación. El bandido, frío como una esfinge, miró al audaz explorador de esa selva oscura del crimen, y esperó. . . Alfredo había olvidado su carabina y sólo armado de su coraje se abalanzó con brinco de pantera sobre Quiterio. La lucha fué desigual y terrible. Rosario estaba desmayada. Alfredo cogió de la garganta al forajido con las tenazas de sus ma-

nos y lo arrojó en tierra; pero al desplomarse el monstruo, asestó una puñalada en el costado izquierdo del vengador. Este dió un alarido y entregó el último aliento balbuceando el nombre de Rosario.

LIBRE Quiterio de su rival, se dirigió hacia la inanimada prenda del homicidio y en vano pretendió reanimarla con sus brutales caricias: la Perla Negra había muerto. . . . ¿No sería el síncope agudo de la madre el que mató á la hija?



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1906. 1025 MONTERREY, MEXICO